

La bendición de la espera

Hechos de los Apóstoles 1:1-14

Pastor Tim Melton

La vida está llena de tiempos de espera. Esperamos autobuses. Esperamos haciendo cola en el supermercado. Esperamos llamadas telefónicas, correos electrónicos, semáforos en verde, comida que hemos pedido, nuevos trabajos y tantas cosas más. Entonces, ¿cómo llevas la espera? ¿Cómo esperas cuando tarda más de lo previsto? ¿Cómo esperas cuando tarda más de lo previsto y es realmente importante? ¿Cómo esperas cuando tarda más de lo previsto, es realmente importante, y ni siquiera sabes con certeza si sucederá alguna vez? El trabajo, el ascenso, la disculpa, el matrimonio, tener hijos, la curación, legalizar tus papeles, etc.

¿Te has encontrado así antes? Esperando. ¿Estás así ahora? ¿Cómo lo llevas? ¿Lloras? ¿Te enfadas? ¿Te preocupas? ¿Culpas... a Dios, a los demás, a ti mismo? ¿Tratas de controlar la situación y hacer que suceda por tu cuenta? ¿Dejas de esperar y te conformas con lo segundo mejor... en lugar de lo mejor de Dios?

La Biblia está muy familiarizada con la espera. Observa estos textos:

“Ten compasión de mí, SEÑOR, porque desfallezco; sáname, SEÑOR, que un frío de muerte recorre mis huesos. ³ Angustiada está mi alma; ¿hasta cuándo, SEÑOR, hasta cuándo? ⁴ Vuélvete, SEÑOR, y sálvame la vida; por tu gran amor, ¡ponme a salvo!” (Salmo 6:2-4)

“¿Hasta cuándo, SEÑOR, he de pedirte ayuda sin que tú me escuches? ¿Hasta cuándo he de quejarme de la violencia sin que tú nos salves? ³ ¿Por qué me haces presenciar calamidades? ¿Por qué debo contemplar el sufrimiento? Veo ante mis ojos destrucción y violencia; surgen riñas y abundan las contiendas.” (Habacuc 1:2-3)

“¿Hasta cuándo, SEÑOR, me seguirás olvidando? ¿Hasta cuándo me esconderás tu rostro? ² ¿Hasta cuándo he de estar angustiado y he de sufrir cada día en mi corazón? ¿Hasta cuándo el enemigo me seguirá dominando?” (Salmo 13:1-2)

Esperar es difícil, pero ¿es posible? ¿Vale la pena? La Palabra de Dios dice que sí. Las Escrituras nos llaman a ser pacientes en medio de la espera, pero debemos ver la espera desde la perspectiva de

Dios para comenzar a experimentarla como una bendición y no como una maldición. Esperar puede acercarnos más a Dios si lo permitimos.

El próximo domingo es el día de Pentecostés, el día que se describe en Hechos 2, cuando el Espíritu Santo vino después de la ascensión de Jesús. Hoy queremos prepararnos para Pentecostés uniéndonos a los discípulos en medio de su espera, cuando Jesús ya había subido al cielo y aún no había venido el Espíritu Santo.

* * *

El libro de Hechos empieza justo donde termina el evangelio de Lucas. El principio de Hechos 1 cuenta la historia:

³ Después de padecer la muerte, se les presentó dándoles muchas pruebas convincentes de que estaba vivo. Durante cuarenta días se les apareció y les habló acerca del reino de Dios. ⁴ Una vez, mientras comía con ellos, les ordenó:

—No os alejéis de Jerusalén, sino esperad la promesa del Padre, de la cual os he hablado: ⁵ Juan bautizó con agua, pero dentro de pocos días vosotros seréis bautizados con el Espíritu Santo.

⁶ Entonces los que estaban reunidos con él le preguntaron:

—Señor, ¿es ahora cuando vas a restablecer el reino a Israel?

⁷ —No os toca a vosotros conocer la hora ni el momento determinados por la autoridad misma del Padre —les contestó Jesús—. ⁸ Pero, cuando venga el Espíritu Santo sobre vosotros, recibiréis poder y seréis mis testigos tanto en Jerusalén como en toda Judea y Samaria, y hasta los confines de la tierra.

⁹ Habiendo dicho esto, mientras ellos lo miraban, fue llevado a las alturas hasta que una nube lo ocultó de su vista. ¹⁰ Ellos se quedaron mirando fijamente al cielo mientras él se alejaba. De repente, se les acercaron dos hombres vestidos de blanco, que les dijeron:

¹¹ —Galileos, ¿qué hacéis aquí mirando al cielo? Este mismo Jesús, que ha sido llevado de entre vosotros al cielo, vendrá otra vez de la misma manera que lo habéis visto irse.

Jesús había sido crucificado durante la celebración de la Pascua. Había resucitado de entre los muertos y había pasado 40 días con sus seguidores dándoles muchas pruebas convincentes de que realmente estaba vivo. Debió ser un momento muy emocionante para los discípulos. ¡Jesús estaba vivo! Jesús les enseñó sobre el reino de Dios y les indicó que no se fueran de Jerusalén, sino que esperaran la promesa del Padre. Les dijo que el Espíritu Santo vendría sobre ellos, que iban a hacer discípulos de todas las naciones, y que serían sus testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaria, y hasta los confines de la tierra... Luego, estando todos reunidos en el Monte de los Olivos, Jesús ascendió al cielo.

Entonces, allí estaban. Cristo se había ido, y todo lo que tenían era Su carácter y Su mandato a los que aferrarse.

Después de que Jesús ascendiera al cielo desde el Monte de los Olivos, regresaron a Jerusalén. Las Escrituras cuentan cómo se reunieron en el aposento alto y esperaron. Hechos 2:14 nos dice que se reunieron 120 seguidores de Cristo: *“Todos, en un mismo espíritu, se dedicaban a la oración.”*

Piensa en la fe que se requería mientras esperaban en el Señor. Eran seguidores de Aquel que había sido muerto por los romanos y los líderes religiosos de la época. Es muy probable que también se sintieran en peligro. Habían visto la ascensión de Cristo, y los ángeles después. ¿Cómo sería la venida del Espíritu Santo? ¿Cómo lo reconocerían cuando viniera? ¿Cuánto tiempo tendrían que esperar, dedicándose a la oración en este aposento de Jerusalén? ¿Cómo sería ser testigos para todo el mundo? Tantas preguntas y, sin embargo, se aferraban al carácter y los mandamientos de Cristo.

Dios los había puesto cara a cara con una situación que no les dejaba otra elección que poner su esperanza en Él. Regresaron a Jerusalén y en oración esperaron la venida del Espíritu Santo. Obedecer el mandato de Jesús los preparó para lo que estaba por venir.

Vemos este tipo de obediente espera a lo largo de las Escrituras.

Como José, en el libro del Génesis, incluso después de haber sido vendido como esclavo por sus hermanos y luego acusado falsamente y encarcelado, viviendo fielmente el presente, día a día, Dios lo preparó para el futuro y los caminos poderosos que finalmente usaría en su vida.

Vemos al pueblo de Israel haciendo lo mismo durante su periplo por el desierto. Dios los guiaba con una columna de nube durante el día y una columna de fuego durante la noche. No sabían el camino ni el tiempo que tardarían para llegar a la tierra prometida. Su única responsabilidad era esperar en el Señor. Mientras la columna de nube y la columna de fuego permanecían inmóviles sobre el tabernáculo, ellos debían permanecer en el lugar. Tal vez durante semanas, meses o incluso años. Pero una vez que las columnas comenzaban a moverse, todos recogían sus tiendas y pertenencias y seguían a Dios. Siendo obedientes en el presente, podían estar seguros de que Dios los guiaría hacia el futuro que había planeado para ellos.

Pero, ¿por qué luchamos tanto con la espera? Queremos lo que queremos cuando lo queremos.

Hay diferentes razones por las que no somos buenos esperando. A veces es por egoísmo, porque pensamos que nuestro tiempo o nuestros planes son más importantes que los de los demás. Otras veces nos impacientamos porque creemos que somos los que mejor conocemos nuestra situación y que seguramente Dios llega tarde. Algunos de nosotros luchamos con la espera porque no estamos totalmente seguros de si podemos confiar en Dios y sus enseñanzas. Y otros lo encontramos muy difícil porque en el fondo no estamos seguros de que Dios sea lo suficientemente grande para manejar nuestra situación.

Algunos pueden pensar: Dios es todopoderoso, y ya que somos sus hijos, ¿por qué no podemos simplemente pasar delante de la fila y obtener lo que necesitamos de inmediato? ¿Por qué es necesario esperar?

Esperar a menudo se siente como algo malo, pero en realidad es una herramienta en las manos de Dios.

Esperar revela si estamos listos para confiar en Dios antes de seguir adelante. Esperar nos recuerda que la situación está fuera de nuestro control. Por eso, la espera nos aleja de la autosuficiencia y nos devuelve a la dependencia de Dios. Esperar nos ayuda a poner nuestra confianza más plenamente en Cristo. Esperar nos recuerda que no somos Dios y que no tenemos el control. Esperar nos da la oportunidad de ejercer la fe y experimentar a Dios de una manera nueva.

A veces la espera nos llama a la paciencia y al contentamiento. En otros momentos la espera nos mueve hacia la confianza y la entrega. A veces, esperar nos da tiempo para prepararnos para lo que vendrá mientras esperamos en el Señor. Esperar exige paciencia, recordando que el tiempo de Dios es perfecto, ordenado y sabio.

Esperar nos anima o nos convence con respecto a la fe.

La espera parece robarnos la alegría y poner a prueba nuestra fe, pero en realidad es una oportunidad para que nuestra alma reviva y nuestro espíritu se renueve:

“Pero los que confían en el SEÑOR renovarán sus fuerzas; volarán como las águilas: correrán y no se fatigarán, caminarán y no se cansarán.” (Isaías 40:31)

“Puse en el SEÑOR toda mi esperanza; él se inclinó hacia mí y escuchó mi clamor. ² Me sacó de la fosa de la muerte, del lodo y del pantano; puso mis pies sobre una roca, y me plantó en terreno firme.” (Salmo 40:1-2)

“Quedaos quietos, reconoced que yo soy Dios. ¡Yo seré exaltado entre las naciones! ¡Yo seré enaltecido en la tierra!” (Salmo 46:10)

Debemos esperar en Dios acercándonos a Cristo. Al creer que Dios tiene el control podemos recibir la espera por la bendición que realmente es. Plantando y nutriendo las semillas de la obediencia y la fe, podemos observar con expectación, al igual que el agricultor con la cosecha. Santiago 5:7-8, 10-11, lo describe así:

⁷ Por tanto, hermanos, tened paciencia hasta la venida del Señor. Mirad cómo espera el agricultor a que la tierra dé su precioso fruto y con qué paciencia aguarda las temporadas de lluvia. ⁸ Así también vosotros, manteneos firmes y aguardad con paciencia la venida del Señor, que ya se acerca.

¹⁰ Hermanos, tomad como ejemplo de sufrimiento y de paciencia a los profetas que hablaron en el nombre del Señor. ¹¹ En verdad, consideramos dichosos a los que perseveraron. Habéis oído hablar de la perseverancia de Job, y habéis visto lo que al final le dio el Señor. Es que el Señor es muy compasivo y misericordioso.

¹⁹ Así pues, los que sufrís según la voluntad de Dios, entregaos a vuestro fiel creador y seguid practicando el bien. (1 Pedro 4:19)

Este era el camino de los discípulos. Con fe por todo lo que sabían que era Cristo y todo lo que les había dicho que hicieran, esperaron. Creyendo en su carácter y sus mandamientos. Andando con fidelidad, serían guiados al futuro que Dios tenía para ellos y al Espíritu que había de venir.